

Roberto A. Follari

La Crisis y la Universidad Latinoamericana.

Los signos de la crisis sobre el subcontinente. Una deuda exterior sin precedente a nivel mundial se ha desencadenado, literalmente. En el sentido de en muchos casos (Argentina, Venezuela) ha aparecido de golpe ante la opinión pública, sin ninguna preparación previa, sin que se hubiera podido predecir el decurso de los hechos. Y aún sin que se encuentre, a posteriori, explicaciones suficientemente fundadas de parte de las administraciones estatales del proceso que los produjo. Pero es también un desencadenamiento en el sentido referido a la palabra "cadena", continuidad de múltiples casos aparentemente independientes pero sin duda a nivel mundial articulados, un no acabarse de ejemplos sumamente críticos que se han ido siguiendo el uno al otro (Brasil, Costa Rica, México, Argentina, Venezuela, Ecuador Chile), como si la "declaración de la dificultad financiera por cada país posibilitara que otro se decidiera a hacerla pública. La cuenta de naciones es impresionante y absolutamente inesperada, simplemente si se mira el mapa económico seis meses atrás.

Brasil, con casi 100,000 millones de dólares de deuda externa; México, con más de 80,000; Argentina, más de 40,000; Venezuela, 30,000. Cantidades astronómicas, si se las compara con las deudas externas de los países europeos y aún de los otros continentes del tercer mundo.

Un último elemento define el panorama económico de estos meses; la caída de los precios del petróleo. En casos como el ecuatoriano, mexicano y venezolano, esto representa una importante disminución de la entrada de divisas, que no resulta reemplazable a corto por lo que pueda obtenerse en exportación de cualquier otro producto.

Una situación grave y generalizada. En sentido estricto, podemos aventurar que en términos específicamente económicos es sumamente difícil que la deuda pueda pagarse. Si la situación no fue floreciente en épocas en que para mantenerse la economía se requirió una constante inyección de capitales externos, cuesta comprender cómo pueda literalmente invertirse esta tendencia para que a partir de ahora exista un excedente que permita financiar esa deuda, que permita acumular los millones de dólares a cubrir.

Simplemente, detener la actual tasa de aumento de la deuda es ya sumamente difícil; pensar simplemente en mantener a esta en su estado actual, no aumentarla, supone una modificación radical de las posibilidades de la economía interna de estos países, que debieran intentar mantener sus actuales condiciones de producción, pero con la carencia del recurso crediticio que permitió la situación expansiva de los últimos años. Esto implica, notoriamente una radical descapitalización, en comparación con las posibilidades de inversión privada, y sobre todo pública, de la década pasada.

La coyuntura financiera no tiene precedentes a nivel mundial. La gravedad de la cuestión, tal vez no ha sido suficientemente dimensionada; pero se trata de un momento límite en el aspecto financiero internacional. Cada país, absorbido por sus propios y graves problemas, ha reparado poco en otros. Pero se trata de un descalabro económico que comparte todo el subcontinente.

En la debilidad de nuestros países reside también su fuerza. La cuestión no es sólo complicada para nosotros; también lo es para la banca internacional. Si deja de prestar, las economías latinoamericanas entrarían en rápida bancarrota; pero esta no sirve nada a ese sistema financiero internacional, tributario a su modo de toda la situación del capitalismo dependiente en su conjunto. Las crisis sociales que aparecerían en una situación de cesación del crédito son imaginables; esto repercutiría directamente en la seguridad de las inversiones y ganancias de las multinacionales. A su vez, aún sin considerar la variable política (que es fundamental), en un sentido puramente económico, también el conjunto del sistema de producción de nuestros países se vería afectado, disminuyendo las posibilidades de consumo de los productos industriales, y deteniéndose el apoyo que a menudo han ofrecido los gobiernos a la industria privada, vía subsidios, créditos preferenciales, etc. De tal manera que, como Hegel lo intuyera genialmente, el amo está en situación de dependencia con respecto al esclavo, el dominador en relación al dominado; en la encrucijada no sólo es Latinoamérica, sino también todo el sistema financiero internacional occidental.

Los gobiernos de los países del área pueden tomar diversas medidas. Algunas pueden ser la receta lisa y llana del capitalismo a nivel internacional y sus organismos clave; casos como Argentina y Chile son patentes al respecto. Otros, en cambio, asumirán características de defensa parcial de los intereses nacionales, como es el caso referido al control de cambios en Venezuela, decidido por un gobierno conservador. Esta paradoja de gobiernos yendo más allá de los límites de su plataforma ideológica tiene su razón de ser. En momentos tan agudos como el actual, cierta defensa del aspecto "nacional" del capitalismo se hace imprescindible para mantener una mínima cohesión social frente a la crisis, por una parte; por otra, se impone la realización de algunas medidas que permitan hacer a esta menos absoluta en lo económico. En este sentido, la situación actual obliga a ciertas decisiones de fondo que pongan algunos límites, p. ej., a la salida de divisas, y a su vez opone parcialmente los intereses de los sectores dominantes locales, con las necesidades estatales de respuestas a la crisis que asuman la necesidad de una salida nacional a esta para evitar graves cataclismos sociales.

Notoriamente, se ha acabado un período desde el punto de vista de las políticas estatales. El crecimiento basado en el crédito no podrá continuar en los mismos términos. La posibilidad de gasto público disminuye, y por ende habrá menor posibilidad de inversión pública, menos en el Estado, aumento de tarifas por servicios y disminución de gastos sociales, etc.

Sin duda, una posibilidad para el subcontinente es la de renegociar la deuda en conjunto, desde la fuerza que planteábamos al comienzo. El sistema financiero internacional está "enganchado" con nuestros países, y no puede simplemente cortar el crédito por completo. Por el contrario, actualmente sigue prestando. Pero a su vez no puede dejar que todo esto continúe impunemente, so pena de que de allí en más cualquier gobierno pida préstamos sin intención ni posibilidad de pagar. Una renegociación global de los términos de la situación es inevitable. Para esta situación, será fundamental la capacidad que tengan los gobiernos latinoamericanos para presentar un bloque relativamente común, que evite la debilidad enorme que cada uno tendría por su propia parte.

Lo que resta por señalar es la "sin salida" de todo esto desde un punto de vista directamente económico; nuestros países no han nadado en la abundancia. El hambre, el analfabetismo, la mortalidad infantil, no dejaron de asolar al continente en los últimos años. Ahora la situación necesariamente será mucho más dura. Crear internamente la riqueza que cubra la deuda representa convertir un déficit de 100.000 millones, en el caso brasileño, por un superávit a largo plazo en el mismo sentido. ¿Alguien puede entender cómo puede hacerse esto? Por tanto, habrá sin duda planteamientos de nuevas políticas internas, pero en cuanto a la situación

internacional se trata de un reestablecimiento total de las condiciones del juego. Una cierta época histórica del continente se ha acabado, y una vez más, como en el tiempo de la Alianza para el Progreso pero con resultados aún más onerosos para nuestros países, no se ha salido de la situación social de marginamiento de grandes sectores sociales.

LA PROPUESTA EDUCATIVA.

¿Que podemos esperar de las administraciones educativas de nuestros países? Creo que la propuesta estaría fundamentalmente en dos puntos:

a) Disminución generalizada del monto asignado a educación en el presupuesto nacional, dada las limitaciones impuestas al gasto público, tanto por la necesidad de capitalización como por los lineamientos exigidos por los organismos de crédito para nuevos financiamientos que permitan hacer los pagos más urgentes.

b) Política de corte tecnocrático, tendiente a plantear lo utilitario inmediato como aquello socialmente necesario. Los aspectos menos cercanos a lo operativo serán juzgados como prescindibles, dada la necesidad de salidas "urgentes".

Naturalmente que las características nacionales de estas salidas dependerán de las formas del Estado en cada caso, y de la particularidad de las actuales administraciones que lo rigen. De cualquier manera, estas dos tendencias parecen como claramente esperables prácticamente en todos los casos, dado que en el primer punto se trata de una necesidad de corte netamente económico, y en el segundo del tipo de salida que es universalmente dominante en el mundo contemporáneo como "ideología" en torno a la eficacia de los procesos sociales e institucionales.

Esto no dejaría de acarrear consecuencias para nuestros países: es posible un cierto descenso del nivel de cobertura de la educación formal en relación a la población; disminución de la calidad de la educación, dado que se aumentaría el llamado producto mantenimiento igual inversión, o tal vez menor (1); en la educación superior, privilegio de lo urgente (docencia) sobre lo que pudiera servir a intereses en plazos menos determinables (investigación, servicio) y reducción de los ingresos relativos del personal, con la baja de calidad consiguiente en el trabajo. Disminución, también, de la tasa de aumento del número de instituciones educativas, tendiéndose a mantener números cercanos a los actuales. Finalmente, reducción porcentual de la matrícula de alumnos, dado que de mantenerse el crecimiento de esta, sin perspectivas clara de desarrollo económico nacional, puede llevarse a conformar un ejército de desocupados al mediano plazo; la otra opción es la espera de cinco años que esto implica en cuanto al conflicto social del caso, y la elección de mantener matrícula alta y escasa posibilidad de ocupación. De cualquier modo, esto último plantea severos problemas, por el nivel de *crítica hacia el sistema* establecido que suelen guardar los intelectuales desocupados.

En relación a la concepción tecnocrática, puede esperarse la insistencia en privilegiar las carreras técnicas a las ciencias básicas en general, y a las ciencias humanas en particular. Esto naturalmente, no deja de tener un sentido ideológico muy definido, dado el hecho de que los alumnos de carreras sociales suelen ser menos conformistas en relación a lo establecido. A su vez, habría probable privilegiamiento de las carreras y salidas intermedias en el curriculum, en detrimento de aquellas profesiones "a largo plazo". Finalmente, la Universidad sería cuestionada aún más fuertemente que en los últimos tiempos en torno a su falta de funcionalidad en relación a las demandas inmediatas del aparato productivo, y secundariamente las del aparato administrativo-estatal. En este sentido, cabe esperar nueva insistencia en el pragmatismo que propone poner la Universidad al servicio inmediato de la producción, y que

(1) Es de esperar disminución de la matrícula en términos porcentuales, pero un cierto aumento en términos absolutos. Nótese en la alta tasa de natalidad de los países del área. Los aumentos presupuestales, en términos de moneda fija, representarían disminución, en relación al porcentaje inflacionario o al cambio-dólar.

supone de una u otra manera que el curriculum es determinable a partir de las prácticas profesionales que el sistema establece. Es de esperar que se aumente la tendencia a que la investigación sea "operativa", esté al servicio de la decisión, carezca de autonomía teórica y se subordine a las necesidades de administrar que el aparato político asume; la Universidad cada vez menos importará en cuanto al aspecto investigación, en el que ha de buscarse organismos, y que estén dispuestos a hacer investigaciones que, en vez de tales, sean un recetario numérico y un apoyo a la relación imaginaria del funcionario con su puesto de trabajo: la que supone que desde ahí se puede decidir los cauces histórico a través de decisiones administrativas. También puede observarse más apoyo a los sistemas de Institutos tecnológicos o cualesquiera instituciones donde lo fundamental a trabajar sea lo técnico, y se deje de lado los aspectos teóricos y críticos típicos de la Universidad, los cuales, vistos a menudo como disfuncionales y poco útiles para la mentalidad pragmática, es de esperar que lo resulte aún más en épocas en que lo urgente ha de tomar la apariencia de lo único importante.

Naturalmente que de seguirse este decurso podemos prever una serie de problemas cruciales. La puesta fuera de juego del rol de la teoría en la enseñanza y la investigación tiende a conformar estudiantes sin capacidad de pensamiento lógico sistemático, simplemente atentos a los procesos operativos, sin un pensamiento abstracto suficientemente constituido. De tal modo, se conformará "científicamente" sin capacidad de trabajo teórico, sin posibilidad de oponerse a la altura de los desarrollos internacionales en la materia, y a la vez sin posibilidad de configurar una tecnología autónoma; como es fácil de comprender, la posibilidad de una tecnología autónoma depende no sólo de aspectos académicos, sino de otros político-económicos de orden estructural. Pero a su vez, la condición académica, necesaria aunque no suficiente para esa autonomía, es que los técnicos tengan capacidad de innovación científico-técnica. Y esto no puede hacerlo un técnico medio, un técnico de aquellos que carecen de formación de base y que, finalmente, simplemente estarán a las órdenes de técnicos e ingenieros extranjeros, que son los que realmente dominan la tecnología de base aplicada en la empresa.

A su vez, la formación de tales técnicos intermedios, que sería privilegiada y no resuelve el problema de la necesidad de tecnología propia, trae aparejado un "tipo de pensamiento" asociado intrínsecamente a la tecnología; los problemas del mundo, se supone, serán resueltos tecnológicamente, y a su vez, son definibles operativamente, tal como se define los problemas de tecnología. Se produce así sujetos que, ante lo social, o son simplemente indiferentes porque lo consideran "acientífico" (y todos conocemos infinidad de casos concretos de este tipo de mentalidad), o la relación tecnológica-desarrollo-ideología, está situada en una imagen idílica continuidad y no-ruptura, pensada en el sentido de que a más tecnología más bien para la nación (sin considerar quién compra la tecnología, quien puede consumir el producto tecnológico descubierto, cómo se ubica una nueva tecnología dentro de la competencia nacional e internacional, sus efectos incluso en la disminución de demanda de mano de obra, etc.) y a menudo a través de otra asociación aún más aventurada, pero que asume la apariencia de lo "natural": cuando mejor me va a mí individualmente, más bien hago a los intereses generales, sin advertir intereses antagónicos de grupos sociales o de clases. Este tipo de mentalidad, que algún statu quo puede ver con simpatía en lo inmediato porque no compromete la situación de poder establecida, resulta a mediano plazo desquiciante aún para las posibilidades de reproducción del sistema: gente incapaz, ante coyunturas tan graves como las vividas, no servirá sino a aumentar la servidumbre externa de los países del área, y a su vez a no cuestionar ni remotamente sus causas estructurales. Esta falta de imaginación no palia los problemas sociales vigentes, contribuyendo a disminuir el espacio del consenso sobre lo actualmente existente.

La falta de ciencia básica colaborará a una mayor dependencia tecnológica; a su vez, a un atraso científico más marcado, y a un mayor desfase en el plano cultural en general con las posibilidades de los países del capitalismo desarrollado. Por otro lado, insistimos, en un momento difícil como el presente ni siquiera resultan funcionales para los gobiernos, en la encrucijada actual exigidos de imaginación y de salidas nuevas frente a la situación.

La falta de investigación básica tiene por correlato pensar la resolución de los problemas a corto plazo, y no poder pensar a fondo sus causas y sus posibles soluciones estructurales. De tal manera, lo urgente tapaná lo importante; la crisis no debe hacer olvidar que nuestros países no se acaban mañana ni pasado; hay una larga historia atrás y otra por venir, y hay que enfrentarlas con la perspectiva necesaria. Por lo tanto, lo "operativo" como máximo criterio para el financiamiento de investigaciones puede tener el catastrófico resultado de que en realidad todas las investigaciones que se financien resulten tautológicas: servirán a mostrar que aquello que la ideología funcional considera la solución, realmente lo es. Más allá de los diversos caminos operativos que el investigador pueda recomendar a partir de sus datos, las premisas no serán puestas en cuestión; se acepta que se requiere salidas inmediatas. Todo aquello que ponga en evidencia factores estructurales, irresolubles en el plano de lo inmediato, y mucho menos en el de lo administrativo (su corte es *político*), no importará si colabora o no a esclarecer las salidas a buscar; en todo caso, no ofrece solución operativa.

La disminución en el campo de las ciencias sociales, ya minuciosamente avanzada por gobierno autoritarios como el chileno, el uruguayo y el argentino, tendrá como consecuencia una caída vertical de los niveles culturales del país de que se trate, y a su vez de su posibilidad de encontrar un lugar en las polémicas científicas, ideológicas y culturales contemporáneas. Nuestro retraso, en ese sentido, puede hacerse mayor. No es que se trate de seguir copiando las modas culturales europeas; pero, a su vez, la ciencia es de valor universal en conceptualidad, y no se puede dejar de lado lo producido por los grandes centros mundiales de las ciencias "humanas": desconocer la antropología francesa, la semiótica italiana o de Francia, el psicoanálisis parisino, el marxismo italiano, los avances del eurocomunismo, las propuestas de la socialdemocracia centroeuropea, es pretender que en el provincialismo y la cerrazón podemos llegar a crecer. El resultado es lamentable para todos; Santiago de Chile, otrora capital de las ciencias sociales del continente, hoy es centro de oscurantismo; Buenos Aires, sede de editoriales, de producción de filmes, de discusión y producción intelectual y artística, no deja de hacer honor al tango que habla del "dolor de ya no ser". La decadencia no sólo es advertible por las fuerzas progresistas, a partir de sus propios criterios; también existe desde el punto de vista de las clases dominantes, para las cuales antes del tecnocratismo total, el mundo burgués de la cultura y del arte representaba un tesoro invaluable. La lucha por no convertirse en países sin voz intelectual, tiene en el punto relativo a las ciencias sociales un hito importante. Es inquisicional que hoy Marx, en algunos países resulte un marciano; él, como Hegel o Heidegger, es patrimonio de la cultura contemporánea, aún cuando fuera para criticarlo.

El gasto relativo a la actividad de servicio de las universidades, generalmente escaso de por sí, es de esperar que disminuya sensiblemente. Se entendería a menudo como una especie de "concesión graciosa" de la universidad a su entorno que, dadas las situaciones que se atraviesa, pierde la posibilidad de mantenerse. Siendo así, la escasa y pobre relación entre Universidad y el resto de la sociedad, que caracteriza hoy a nuestras instituciones, se vería aún más fuertemente planteada; con esto, el rol del intelectual serían aún más inorgánico socialmente, y su capacidad de multiplicación cultural, de por sí limitada, se agudizará hasta lo extremos. Por otro lado, se privaría a sectores marginados y desprovistos de servicios, de un aporte que, con no ser excesivamente significativo, no deja a menudo de proporcionar algunos beneficios materiales y culturales. A su vez, los estudiantes y profesores, al aislarse, tenderían aún más a verse alejados de los problemas de los sectores sociales dominados, teniendo de ellos una imagen mítica, ya sea de derecha o de izquierda.

El intento de que el curriculum tienda a funcionalizarse a las necesidades de la producción o los servicios ofrecidos socialmente, encuentra como problemas, en lo epistemológico, el no respeto a la lógica conceptual de las disciplinas científicas, conformando estudiantes incapacitados para el pensamiento abstracto y la búsqueda científica, meros "hacedores" de actividades prácticas. En lo político, que algunas de estas prácticas son socialmente disfuncionales aún cuando el sistema productivo las requiera; es evidente que la ingeniería en cierto tipo de productos, algunos de ellos incluso, nocivos, sirve sólo a la reproducción del

sistema vigente, donde la mercancía importa por su valor de cambio y no por la validez de su uso para satisfacer demandas básicas. En lo económico, está perfectamente demostrado que la educación sirve para "dar credenciales", no para "calificar"; en este sentido, las fábricas mismas tienen sus métodos de capacitación breves y sumamente efectivos; las posibilidades para ciertas profesiones, en su práctica, no requerirían más de seis meses de entrenamiento. Pero la Universidad no debe entrenar sino educar; y aún si pretendiese entrenar, es imposible hacer coincidir en la planeación necesidades productivas y oferta educacional. De tal manera, la educación simplemente forma en ciertas capacidades y habilidades, y ya en el trabajo concreto se aprende lo más específico de la práctica profesional del caso. En fin, la educación se liga a la economía en el sentido de legitimar con los títulos profesionales sus procesos de conformación de desigualdad social; de ninguna manera sirve para preparar exactamente el profesional para la función productiva. Finalmente, si se forma a los profesionista para la práctica profesional, no se advierte que en realidad las ciencias son "generales" y sólo su aplicación social resulta específica, en este sentido, toda práctica profesional remite a ciertos elementos "científicos" antes que a los operativos en relación a situaciones sociales actualmente dadas. En fin; que el modelo de adecuación de la Universidad a la producción (y su correlato de izquierda: el módulo según, p. ej., la UAM-Xochimilco, y los modelos creados en otros sitios, como UAM-Azcapotzalco o los planteos de P. Latapí sobre curriculum y práctica profesional) o los servicios según las prácticas existentes, resultan formas del pragmatismo que, en vez de ofrecer salidas que rompan con lo dado, lo reproducen al interior de una lógica que es la de las prácticas profesionales; la lógica del sistema dominante.

LAS TEORIAS DE LA IZQUIERDA

¿Qué nos dice la teoría marxista para pensar en casos como el actual? Evidentemente, los esquemas de "reproducción" ideológica como los de Althusser y Bordieu estarían muy por fuera de nuestras necesidades. Decir que las universidades reproducen las condiciones de las relaciones de producción, es de tal generalidad que nada nos ofrece frente a la crisis. Porque las diferentes modalidades y opciones que la burguesía tenga frente a tal crisis, van a dar a situaciones materiales, y aún ideológicas, no equiparables. No todas las formas de la reproducción son igualmente eficaces. Y el pensamiento tecnológico, en este sentido, es poco apto en períodos de crisis aguda, donde la idea de "desarrollo" y de consiguiente posterior distribución de la riqueza no resulta convincente, en tanto las expectativas sociales son mucho más urgentes. Teorías como las señaladas surgieron (las de Bordieu y Althusser) en capitalismo en momentos de expansión, aparentemente inexpugnables; no dan cuenta de la crisis, de la lucha en el interior de las instituciones, ni siquiera de la lucha de posiciones al interior del aparato educativo vigente (lo cual ha sido muy bien caracterizado por Margaret Archer; estas doctrinas carecen de una teoría del sistema educativo como tal).

Otra tendencia, menos marcada teórica que políticamente es la de las "puertas abiertas", la del democratismo a ultranza. Este planteará cosas tan ciertas como generales, y tan generales que suponen más un programa para una sociedad futura que algo que tenga que ver con la crítica de la actual para su superación práctica. Sería el caso de plantear, p. ej., que la política universitaria y de educación superior en general debe ser de absolutas puertas abiertas, que no deben restringirse en absoluto la matrícula, que el financiamiento debe mantenerse como antes de la crisis y aún aumentarse, etc. Por supuesto, que dependerá de las luchas sociales objetivas el que algunas de estas reivindicaciones puedan parcialmente lograrse. Pero estipularlas como único elemento frente a la situación es unilateral, y evidentemente mostraría una vez más a los sectores progresistas como incapaces de hacerse cargo de los intereses universales de la sociedad (los cuales se pueden asumir sin abandonar el punto de miras específico de sus propios intereses).

Hay que proponer fuentes complementarias de financiamiento (2), socializar una crítica general de la "clasificación" educativa buscando menor diferencia de salarios por diferente escolaridad, proponer criterios justos social y teóricamente para la distribución del presupuesto disponible (a su vez que se explica masivamente por qué este resulta tan limitado), promover un funcionamiento a la vez eficaz y comprometido de la Universidad que la justifique socialmente en cuanto a los gastos que en ella se ejercitan, en fin; se necesitará algo más que una política principista, y no sólo discursos críticos: una capacidad para orientar ciertas líneas de acción *concreta frente a la situación*.

Otra opción, también no del todo teorizada pero a veces practicada, es la de la "Universidad militante". Su única función consistiría en servir a la lucha de clases, como institución objetiva en la cual tal lucha se realiza, y a la vez en ser sitio donde se forman cuadros que van a trabajar a otros frentes. Esto se ha practicado a menudo: aquella U.A.S. de principios de los 70, o la Universidad Argentina del peronismo de izquierda, fueron ejemplos de esta tendencia. No sólo se abarató la función académica, la Universidad dejó de ser sitio que cumpliera funciones específicas; también, y esto es lo paradójico, el resultado político fue muy poco alentador. La idea de que el mundo se divide en militantes y no militantes, lleva a un maniqueísmo que ya ha sido bastante criticado, sobre todo en Europa. Siendo así, la mentalidad militantista se vuelve sectaria y dogmática, se autoasume como la conciencia social en su más alto estadio, y resulta de esto su incapacidad para salvaguardar la particularidad de cualquier práctica social que se escape a su subordinación inmediata a la "política militante". El arte, la ciencia, en tanto guardan elementos de constitución de carácter político, son totalitariamente asumidos por el político como simples frentes leídos desde su propia óptica, fuera de las lógicas particulares de los grupos sociales concretos implicados (los científicos, los artistas); de Giovanni ha escrito páginas brillantes al respecto. La cuestión es que ese tipo de dirección de una institución como la Universidad, guiada por un pensamiento instrumentalista y unidimensional, produce el rechazo de todos los sujetos sociales universitarios no coincidentes con los intereses inmediatos de esa administración (que son muchos; aún por ej., los de los otros grupos progresistas), y a su vez el de la sociedad exterior, que ve en esto un uso de las instituciones para fines particularistas y no para la actividad académica socialmente encomendada. De tal manera, sobreviene el desprestigio, y este tipo de institucionalidad sirve sólo para engordar las habituales críticas y pullas que ensaya hasta el infinito la prensa de derecha contra los movimientos sociales populares.

ALGUNAS PROPUESTAS

El camino propositivo no puede surgir desde los intelectuales, sino de la discusión orgánica en el seno del movimiento real de los sectores populares, que buscan *su salida* frente a una crisis en la que son los más perjudicados. Por ello, pistas que apuntaremos son apenas algunos esbozos sobre los cuales comenzar a pensar, puntos donde incluso intencionalmente buscaré no detallar un exceso. No se trata de "ofrecer la solución", sino más bien de ponerse en el espacio de una búsqueda colectiva y necesariamente multívoca.

a) La importancia de la formación de una conciencia nacional latinoamericana.

Muchos teóricos, entre otros Laclau, han criticado el reduccionismo de clase al interior del marxismo; los sujetos políticos revolucionarios se constituyen en identificación con formas nacional-populares, que se simbolizan en la historia nacional, sus ritos, mitos, etc. Por tanto, resulta fundamental la tarea de componer, en la práctica educativa superior, (es decir, a nivel

(2) Que no liberen al Estado de su responsabilidad central al respecto, pero ofreciendo salidas prácticas frente a la impotencia de este.

superior) los elementos para una conciencia del aspecto nacional de los enfrentamientos sociales.

Esto estará ahora totalmente remarcado por las condiciones propias de la realidad sociopolítica, devendrá como exigencia desde la práctica misma. En este momento, todo grupo u organización social que aspire a la hegemonía en el sentido gramsciano, tiene que ofrecer una salida "nacional", tiene que asumir los intereses universales de la Nación desde su propio punto de vista.

A su vez, esta solución "nacional", que implica un bloque de clases y sectores que se alían en busca de salidas sociales, está la necesidad de enfrentar a nivel latinoamericano esta realidad concreta. Será útil apelar al legado de Martí, Bolívar, o Felipe Varela; pero esta vez, para presentar su pensamiento de manera no monificada o muerta, sino intrincada en una posibilidad de rehabilitación colectiva de nuestros pueblos frente al actual desafío histórico.

Este intento implica buscar en el curriculum aspectos teóricos sobre la historia y la cultura popular, e incluirlos; sobre todo establecer formas de práctica extramuros de los claustros universitarios, para acercarse a las formas culturales propias de nuestros pueblos, que ciertamente poco tienen que ver con la formalización de la versión dominante de la cultura. No se trata de ir a "llevar" al pueblo servicios, como de empaparse de sus características, y ser un intelectual al interior de su práctica real.

b) Buscar el mantenimiento de las funciones de docencia e investigación.

Decimos esto en el sentido de que, por una parte, se defienda el derecho y el deber social de la universidad de seguir siendo centro de sistematización e irradiación en lo cultural y de mantenimiento del legado histórico en este campo. Que la Universidad siga investigando, y que a su vez se mantenga presupuesto para esta función. Lo mismo en torno a servicio.

En cuanto a docencia, sería deseable evitar una reducción drástica de la matrícula. La defensa absoluta del ingreso irrestricto no parece practicable en una condición tan limitante como la actual; en todo caso, la política de puertas abiertas en educación superior no puede resolver un problema de selección social que se plantea en un eslabón anterior de los niveles sociales y educativos. Pero puede evitarse una reducción fuerte, que haría esta selección, en lo social y por consiguiente también en su efecto ideológico, más taxativa.

Sin duda que a mediano plazo una reducción no drástica produciría un cierto desempleo de profesionales. Pero si reflexionamos, no estamos en un sitio como Italia, donde estrictamente pueda decirse que los profesionistas "sobran"; de acuerdo a necesidades sociales irresueltas no es así, y formar una cierta "masa crítica" no puede considerarse inútil. Por otro lado, a diferencia del caso del capitalismo avanzado, nuestros desocupados ilustrados difícilmente encontrarían lugar en otro espacio de la economía nacional. Por ello, se trata de no oponer no-profesionales ocupados a profesionales desocupados, sino desocupados en todo caso, que serán o no profesionales. Además en nuestros países falta mucho para que ese problema de desocupación profesional sea masivo. Por ello, podemos atrevernos a pensar que es preferible una cierta cantidad de sujetos formados universitariamente, a esos mismos sujetos sin paso por la educación superior, dado el rol crítico social que hemos asignado a la universidad (el resto de la educación superior a menudo no cumple tal apertura de espacio crítico).

c) La Universidad como "cerebro social" de crisis.

La Universidad no puede plantearse "que la crisis no la afecte". Esto sería no reconocer el peso de su responsabilidad social, por una parte, y por otra desconocer la realidad material misma. Nos guste o no, las instituciones participan de la crisis, en lo económico y en sus inevitables consecuencias académicas.

Nada peor que "el hacerse a un lado". Creemos que la Universidad puede fungir como cerebro colectivo de la crisis, en el sentido de Gramsci; como el espacio de articulación del pensamiento social, como en el sitio donde se "piensa" lo que socialmente se va viviendo y

problematizando. La gente quiere respuestas a la situación. Se hace preguntas sobre sus salidas y opciones. El espacio de la reflexión e investigación debe estar a la altura de la situación histórica, enfrentarla, discernirla, asumiendo los puntos de vista políticos relativos a los diferentes actores sociales (bloques de clase dominante y dominado).

No se puede asistir de manera inerte ante los planteos que determina el tiempo histórico; no se debiera partir de la noción de "impotencia intelectual", muy común en la culpa que asalta a tantos intelectuales por su función de no participar de la producción material. Es en situaciones como la actual donde la Universidad puede mostrar su pertinencia fundamental, donde realmente puede patentizar su compromiso.

Sabemos que las salidas son prioritariamente políticas y secundariamente técnicas. Pero esto no niega el rol del intelectual; en ambos aspectos tiene casos que decir. No para pretender absurdamente "dirigir" desde el espacio universitario el movimiento exterior de las prácticas sociales y las conciencias; pero sí para hacer de ese espacio receptáculo de las inquietudes y catalizador de su articulación conceptual, sitio donde la sociedad se piensa a sí misma, como diría Alain Touraine. Y la autonomía universitaria, que en nuestro continente se gana con trabajo hace ya mucho tiempo, permite en los países de regímenes parlamentarios libertades en este sentido, naturalmente que en su gradación, expresión de relaciones sociales de fuerza. En los países donde la Universidad fue militarizada y la voz académica cercenada, será en espacios extrainstitucionales donde los intelectuales puedan cumplir esta función en relación a la situación actual. En todo caso, en espacios institucionales no estatales.

d) Profesionales con capacidad de "transferencia".

Lo que vendrá, no lo sabemos. La prospectiva, que nada nos dijo sobre la inminencia de la crisis, nada nos dice sobre sus salidas. Los profesionistas a formar no pueden ser escolarizados para el espacio de funciones muy específicas, que cambiadas las circunstancias sociales los dejen sin posibilidad de actuación. Para problemas de la magnitud actual, necesitamos más bien profesionistas con alta capacidad de transferencia de sus conocimientos hacia áreas diversas, y con criterios propios para saber qué tipo de práctica realizar ante situaciones inestructurales o muy modificables. En este sentido, preparar para prácticas profesionales muy especificadas puede ser limitar el horizonte de la formación. Proponemos más bien profundizar en las ciencias básicas, en la relación de estas con el análisis de los problemas sociales implicados, y en los elementos tecnológicos más generales referidos a cada profesión. Que el currículum prepare profesionistas y no sólo técnicos; que la Universidad no forme sujetos aptos para lo inmediato solamente, sino también para situaciones donde el juicio propio y la articulación de los principios técnicos de la profesión a realidades a evaluar cada vez teóricamente de manera nueva, sean lo fundamental.

Sugiero con lo anterior mantener el espacio de lo teórico y del análisis según la lógica del conocimiento (lo dictaminado por la epistemología, por la producción de conocimientos como proceso), y no la de la aplicación, la de la utilidad y el pragmatismo, así se llame este progresista. Sujetarse a lo inmediato es vedarse las condiciones de una salida que exige una recomposición social y cultural de grandes magnitudes.

En base a estos puntos podemos abrir el espacio de la reflexión en torno a las salidas a la crisis, necesariamente colectivas, necesariamente inscritas en proyectos sociales antagónicos, que en el caso del bloque popular deben buscar enclavar en la realidad material concreta de los cuerpos de los oprimidos, en su pertinencia e irreductibilidad frente a la dominación en periodos de expansión o de crisis, para que la reflexión de los intelectuales no se abandone, como diría algún filósofo, en sendas perdidas.